Arroyo Bergara

Matias Blanc

Image not found.

Capítulo 1

ARROYO BERGARA

Existen cierta clase de recuerdos que son crueles con nuestro presente: son recuerdos que permanecen dormidos y hechizados hasta que un hecho cualquiera, una simple circunstancia desgarra las telarañas de su sueño y brotan entonces violenta e impunemente, como un lento río de fuego que mana de un volcán. Sé muy bien de lo que hablo, porque hoy no me sería difícil recordar lo que me pasó con Vicente Giménez aquella tarde en que pescábamos en el arroyo Bergara. Yo era muy chico, no recuerdo bien la edad, pero aún puedo rescatar de mi memoria que después de una sufrida y tenaz insistencia que se prolongó durante días mi padre finalmente se decidió a llevarme a pescar, en realidad más para beber despiadadamente que para disfrutar conmigo. Fuimos con su amigo, o mejor dicho, con una de esas personas mediante las cuales el vicio nos engaña acerca del milagro de la amistad, y yo, aunque pequeño, pude adivinar que con su compañía se sentía más a gusto que con la mía. Ahora que soy grande lo sé, y no me afecta. Al fin y al cabo, él no supo que esa sería la última vez. Hace algunos años comprendí que mi padre fue siempre así, porque cuando uno es chico imagina que nuestros padres son superiores porque son adultos, cuando en realidad no son mejores que nosotros, y que si nos crían bien ciertas veces no es siempre para que no cometamos errores, sino para que ellos alivien los suyos, y se rediman mirándonos crecer.

Cuando llegamos a la costa yo estaba inquieto, aunque más bien sumamente feliz. Ellos tal vez no lo advirtieron, ellos tal vez no quisieron advertirlo pero yo en verdad estaba muy feliz y, naturalmente, como era el más joven y el más ansioso no me negué y hasta me enorgullecí íntimamente cuando mi padre me ordenó juntar algunos troncos secos y un poco de leña fina para el fuego de la tardecita. Dejé entonces que los mayores conversaran de sus cosas y me encaminé hacia una parte tupida de espinillos y talas mientras comenzaba a oír cómo se reían. La feroz alquimia del vino y el tabaco barato, desde antes de llegar ya gobernaba a esos cuerpos, y a mí no me gustaba ver cómo se transformaba mi padre cuando bebía. Tomé como compañía una gomera y busqué de una bolsa un puñado de piedras que antes, a la mañana había juntado. Recuerdo que solitariamente me hundí en el monte en la hora más propicia a los misterios: en la hora de la siesta.

Yo no sé exactamente cuánto tiempo había pasado desde que entré al monte, tal vez porque aunque un chico intente cumplir con algo que le

piden, la transparente naturaleza de la infancia lo arrebata en un descuido, y vuelve a ser un niño curioso e inquieto que olvida lo que debía hacer; así que al cabo de un tiempo incierto regresé al campamento con unos escasos troncos y me encontré con que Vicente ya había acomodado una pila de leña al pie de un árbol. Lo miré con temor y me sonrió. Pensé que se iba a burlar de mí, o que se iba a enojar. Un poco nervioso, pregunté:

- ¿Papá dónde está?

- Te demoraste bastante- me dijo. Decí que se durmió. Está allá en la sombra.

En ese instante entendí que el tiempo que yo gasté en buscar la leña fue necesario para que él cayera derribado por el vino, porque últimamente bebía menos, y se emborrachaba más.

Yo no supe qué decirle a Vicente. Solamente lo miraba.

- No te hagas problema, pero no te arrimés mucho al agua porque vos sos chico y el arroyo está lleno de pozos.

- Lo que pasa es que me entretuve cazando pájaros, casi bajo una torcaza- le expliqué.

- Conmigo no te hagas drama- replicó. Yo te entiendo. Me haces acordar a cuando yo era chico... en mis épocas los niños solamente eran niños... me acuerdo que salíamos a cazar perdices, nos íbamos a pescar, era otra cosa. Manoteábamos la bicicleta, unas líneas y marchabamos con mi primo, a cualquier lugar, no importaba... no pasaba nada.

No presté mucha atención a lo que me decía ese hombre, para ser franco. Para mí, mi papá y sus amigos eran lo mismo; igual calaña. No me gustaba escucharlos, pero sin embargo no podía evitarlo, no podía resistirme. Quería saber lo que era esa clase de gente.

- Debe haber sido lindo, ¿no?- dije, para no parecer irrespetuoso.

Me miró. Creí que me estaba tomando en broma.

- Sí, la verdad que era lindo... era muy lindo... pero el tiempo ya pasó, yo ya no soy un pibe.

Se quedó callado. Sus palabras eran turbias por el alcohol y el cigarrillo; el vino había teñido sus labios. Yo lo miraba y él se quedó callado, como avergonzado. Tuve que desgarrar el silencio.

- ¿Qué, vos decís que antes las cosas no eran como ahora?

- ¿Y a vos qué te parece?... ¿Vos pensás que las cosas no cambian?- y otra vez quedó en silencio.

A mí me molestó que se quedara callado, borracho y callado, como si él fuera el único desgraciado del mundo. Tuve que agarrar un palo y pegarle a una bosta para disimular. Yo quería jugar y recorrer la costa y el monte, para eso había ido. No quería hablar más con ese hombre pero no me animaba a irme y a dejarlo con la palabra en la boca. Nunca pude entender por qué a las personas que están bebidas les place hablar tanto de ellas mismas, como si fueran sabios que han conocido todo en la vida. El hecho es que corrió un minuto inacabable. Vicente Giménez parecía meditar, pero de repente gritó, con quebrada sinceridad:

- ¡Miráme nomás a mí, miráme lo que soy, si hasta las criaturas se espantan conmigo! ¡Mirá...si en lo único en que me he convertido es en un reverendo mamerto... en un hijo de mandinga... ni siquiera mis hijos me quieren ver porque la madre no los deja... y después me venís a decir que las cosas no cambian!

- Pero si yo no te dije nada Giménez- murmuré un poco enojado.

- ¡Pero seguro lo pensaste... o te pensás que no me doy cuenta yo!

Evidentemente el alcohol confusamente lo había enfurecido. Quise darle una explicación, pero callé. Una palabra que saliera de mi boca hubiera podido empeorar todo. Por un instante sentí que el mundo se había detenido pero esperé un momento y, juntando un coraje descomunal le hablé:

- ¿Por qué?

- ¡¿Por qué qué?!

- ¿ Por qué tomas vino y te pones así conmigo?

- Me parece que te estás propasando mocoso de cuarta...¿ quién te creés que sos para que yo gaste saliva en darte explicaciones?

- Bueno, perdón entonces...

- ¡No te perdono un carajo! ¡Agradecé que no te duerma de un sopapo! ¡Ni siquiera tu propio padre se preocupa por vos y me venís a tomar el pelo, justamente a mí!

En ese momento mi mirada quedó fijada en él. Yo temblaba. Yo simplemente era un niño e ignoraba que se pudieran pronunciar palabras

tan atroces. Algo parecido a la rabia y la impotencia me quemaba el pecho. Me asfixiaba, y no podía contenerlo. Esa tarde entonces lloré. Pero no eran ya las lágrimas de un niño. Sé que eran las mismas lágrimas, algo me hizo sentir que eran las mismas lágrimas con que mamá había llorado todos los días hasta que decidió marcharse. ¿ Qué es lo que yo había hecho mal? ¿Por qué ese hombre me había tratado así? ¿No hubiera sido mejor callar esas cosas? ¿O al menos tener un poco más de compasión con un chico que no podía y no sabía defenderse? Ese atardecer lloré, entre las carquejas, detrás de unos árboles. Esa noche lloré en mi casa y en mi cama también. ¿Qué podían llegar a saber los otros acerca de lo que me pasaba a mí? Papá dormía; ni siquiera las cosas quiso acomodar cuando llegamos. Lo tuve que hacer yo. Mamá tampoco estaba, hacía como tres años y medio que no le veía la cara. Seguramente debería haber estado cocinándoles a sus otros hijos, quién sabe adónde.

Fue a partir de aquél día que creo dejé de ser el mismo. Yo sabía que las cosas iban a terminar mal, pero no imaginé que fuese tan pronto. Yo presentía que las cosas se iban a dar de esa manera, pero pensé que tendría valor para afrontarlas.

Y todavía, cada vez que me acuesto, me sigo preguntando, como si aquella noche fuera un símbolo de las noches que vendrían, qué significa en realidad tener valor.

*

Al otro día, por la tarde, Vicente se apareció por casa. Mi padre se estaba empezando a cebar unos mates. Yo no quería ni cruzarme con ese tipo. Cuando me vio barriendo en la cocina me preguntó qué me había parecido la costeada; me aseguró que ni bien tuvieran unos pesos iríamos de nuevo, pero con otros amigos más. Ni quise mencionarle a mi padre lo que había sucedido; yo sabía que, en definitiva, el que saldría perdiendo sería yo mismo. Le dije que bueno, que me avisen con tiempo para ir preparando las cosas, la carnada.

Vicente me dijo:

- Por supuesto que te vamos a avisar, no vaya a ser que porque vos no

vayas no pesquemos nada...

Yo lo miré, y después miré a papá. Papá comenzó a reír y le palmeó la espalda a Vicente mientras le ofrecía un mate.

Entonces sólo atiné a dejar la escoba apoyada en la pared; los salude, y en silencio, mientras me miraban, salí caminando. Y me fui.